

pude comer pan sin sentir el más mínimo dolor. El médico fué en la noche, y es fácil comprender cuál sería su asombro al encontrarme en un estado tan diferente del en que me había dejado por la mañana; no pudo por menos que atribuir mi mejoría á un favor especial que había recibido del cielo, puesto que no me había hecho ninguno de los remedios que él me había dejado en la mañana.

„Para que más resplandezca en este milagro la gloria de Dios y el inmenso poder que este gran Siervo de Dios tiene delante del trono del Altísimo, voy á confesar con toda la sinceridad de mi corazón que sólo hacía muy poco tiempo que yo imploraba la protección del Sr. Claret; desde que llegué á esta Casa empecé á invocarle con toda confianza en todas mis necesidades; antes lo miraba con la mayor indiferencia, y á pesar de que siempre me hablaban de sus eminentes virtudes y de los grandes milagros que se obraban por su intercesión, nunca me encomendaba á él ni le profesaba el menor cariño. Quizá la divina Providencia tenía determinado en sus altos designios que se obrase esta curación milagrosa para infundir en mi alma una devoción tan tierna como la que ahora profeso á este gran Siervo de Dios.

„La gratitud vivirá eternamente en mi corazón, y quiera el cielo que esta singular gracia que he recibido por su intercesión sea un nuevo medio para conseguir cuanto antes sea venerado en los altares. Todo á la mayor gloria de Dios y de su Siervo el Sr. Claret. Hoy 26 de Abril gozo de perpetua salud (1).„

Sor María del Corazón de Jesús.—“En Septiembre del año pasado 1885 hicieron nueve años que me molestaba una enfermedad en el estómago. Á pesar que los dolores eran casi continuos, no fueron éstos la causa de mis sufrimientos, sino los vómitos que diariamente me privaban de los alimentos de la Comunidad, pasando semanas enteras que ni el agua recibía bien ni mal; á consecuencia de esto, me sentía con falta de fuerzas y perdí por completo el sueño. Toda medicina era inútil, y así no pensé ya en sanar. Llegado el mes de Septiembre de 1885, sintiéndome más mal que de costumbre, me creí obligada á manifestar á mi Superiora el acrecentamiento de

(1) Siguen las declaraciones de los testigos y el certificado del médico.

mi enfermedad. Habiéndolo expuesto, por toda contestación me dijo: “Hermana, vea cómo mejorarse en estos días que tenemos que cantar una Misa por los bienhechores; encomiéndese al buen Padre Claret; considere bien cuántos favores hemos conseguido por su intercesión, y tenga confianza.„ Instantáneamente sentí una segura esperanza de conseguir lo que la obediencia me proponía; pedí una reliquia, me la apliqué sobre el estómago, rezando una novena de diez Avemarías, pidiendo á este venerable Padre me alcanzara de los Sacrosantos Corazones de Jesús y María desapareciese mi enfermedad para seguir en todo á la Comunidad. ¡Cuán feliz fué el resultado de mi petición! Desde entonces hasta el presente, Mayo 13 de 1886, me encuentro tan bien de salud como si jamás hubiera padecido tal enfermedad (1).„

2. *Curación de Doña María Luisa de Salcedo.*—“Estando mi hija María Luisa, de veinte años de edad, enferma de la garganta con esquilencia muy agravada con el dolor, fiebre y ahogo, sin poder pasar alimento, sólo un poco de líquido con gran dificultad y dolor; habiendo sido ineficaces todos los remedios que se le habían aplicado, y encontrándome en una situación desesperante, pidió ella misma le aplicase la reliquia del Ilmo. Sr. Claret; hice con ella la señal de la cruz en la garganta y se la dejé atada con un pañuelo; se durmió inmediatamente, y á la media noche le reventó el tumor sin darse cuenta ella misma; y al día siguiente amaneció buena y sana, pudiendo comer perfectamente y continuando buena hasta ahora. Cuando llegó el Dr. Banos le sorprendió mucho encontrarla buena, y dijo: “No era tiempo que le hubiera madurado, ni me nos reventado sin operarle.„ Este favor lo recibió el 29 de Julio de este año 1885 (2).„

Curación de Doña María Virginia Gatitua.—“Á principios del año en curso sufrí una enfermedad de muchos meses de duración: era ésta una debilidad y falta de fuerzas que no me permitía ni dar unos pasos dentro de mi habitación sin que me dieran fatigas y me causaran grandes sufrimientos, pues apenas podía estarme sentada. Después de algún tiempo obtuve un poquito de mejoría, pero fué una mejoría tan pequeña

(1) Sigue la firma de la interesada y las declaraciones de los testigos.

(2) Declaración de Doña Eulalia Ruiz de Salcedo en 20 de Agosto de 1885.

que si bien me fué permitido ir alguna vez á la iglesia (que sólo dista media cuadra), fué para empeorar de nuevo mi salud, pues en la misma iglesia me daban fatigas antes de regresar á mi casa. Á más de esto, hacía cerca de tres meses que estaba sufriendo una indigestión que me debilitaba hasta el extremo, quitándome por completo las fuerzas, para lo cual había sido impotente toda medicina. En este estado me encontraba casi desesperada de mejoría, cuando me ocurrió la idea de pedir en el convento de los Rdos. Padres Misioneros Hijos del Corazón de María una reliquia de su santo Fundador el Sr. Claret. Habiendo obtenido la reliquia, llena de fe la coloqué sobre mi pecho pidiéndole me alcanzara la gracia de la salud, y suspendí la medicina.

„Después de tenerla así colocada por espacio de algunos días, pidiéndole continuamente me alcanzara la gracia que solicitaba, sentí una mejoría muy grande y tan notable, que ha sido la admiración de muchas personas, que llenas de asombro me miraban y preguntaban cómo había podido alcanzar tanta mejoría. Desde entonces desapareció la indigestión, que tan tenaz había sido á las medicinas, me he sentido con fuerzas, salgo á la iglesia y á otras partes, y hasta el presente me siento bien y conozco que ha sido gracia que me ha alcanzado el Ilmo. Sr. Claret (1).”

Curación de Doña Trinidad Patiño Prado.—“La que suscribe tiene el honor de dirigirse á S. R. para manifestarle con indecible júbilo y gratitud que estoy altamente reconocida á la poderosa intercesión de la Santísima Virgen por su piadoso Siervo el P. Claret. Debo darle á conocer los muchos y difíciles remedios que he tomado para mejorarme de esta enfermedad interior que padecía más de ocho años, que contraje á causa de andar mucho, y que por no haberme puesto en cura á tiempo han sido inútiles todos los recursos de la medicina.

„Llegó el tiempo en que me vi en la grave necesidad de resolverme á tomar serias medicinas; medio que no había tocado por ser muy crítico para mí, pero que obligada por el temor y la obediencia, tuve que ceder á todo pesar mío.

„Este último medio duró cerca de un año, y privada de todo ejercicio sólo he conseguido muy cortas mejorías. Última-

(1) Declaración de Doña María Virginia Gatitua, 8 de Diciembre de 1885.

mente había vuelto á consultar al médico porque me sentía muy mal de mis dolencias, además de otra circunstancia que yo no había sentido en todo el tiempo en que adolecía de esta terrible enfermedad, y tomaba toda clase de remedios que él creía convenientes; y sólo conseguí fortalecer un poco el estómago. Mas ahora, gracias á la poderosa intercesión de nuestra dulce Madre por la mediación del glorioso P. Claret, me encuentro completamente sana del dolor que tanto me molestaba, y que ni aun durmiendo me dejaba descansar. Hoy hace ocho días que, aumentando mi fervor y confianza, hice una súplica pidiendo á la Santísima Virgen, por mediación de su amado Siervo el P. Claret, me alcanzase la gracia de sanar enteramente de esta enfermedad si era del agrado y gloria de Dios, prometiendo una mortificación por el término de dos meses. En la noche que hice esta súplica sentí momentos después una notable disminución del dolor, y luego con gran consuelo me recogí á dormir. Al día siguiente, al despertar, conozco y siento que ya el dolor había desaparecido por completo, y así he seguido hasta hoy. Me olvidaba advertir que el día que hice la súplica era sábado y se cumplían quince días que yo me había puesto la reliquia de nuestro P. Claret, con lo cual había conseguido mucho descanso desde que me la puse al cuello. Motivos poderosos, pues, me impelen á creer que ha sido un favor obrado por la mediación de dicho glorioso Padre.”

Curación de Doña Mercedes Alfaro.—“En 4 de Septiembre de 1885, hallándome con una nube en un ojo, habiendo consultado á varios médicos sin resultado, resolví encomendarme al Sr. Claret, y con mucha fe me puse su reliquia; en pocas horas todo el mal había desaparecido, quedando con mi vista completamente sana.”

Curación de Doña Oristela Fonseca.—Hallándome bastante enferma de una opresión al pecho que me impedía el respirar con facilidad, y teniendo una tos continua y estando sin fuerzas y enteramente dolorida, invoqué al Sr. Claret poniéndome su santa reliquia. Luego conocí su benéfica influencia, pues en pocos días quedé completamente restablecida. Para probar si era así me lavé con agua fría, cosa que antes no me era posible por el mucho dolor que me causaba. Esto sucedió á mediados de Diciembre de 1885.”

Curación de Doña Santos Acuña de Muñoz.—“Encontrán-

dome muy grave á consecuencia de una terrible enfermedad interior que he sufrido durante algunos años, de los cuales por lo menos me he medicinado siete constantemente y sin haber tenido la más mínima esperanza de curar, pues los médicos me habían desahuciado y yo misma no podía sufrirme. Me era imposible dormir un ratito tranquila, daba vueltas en la cama con mucha dificultad por los dolores que sentía, no pudiendo tener postura fija, con vómitos y dolor de estómago, costándome un sacrificio el andar y no pudiendo arrodillarme un momento ni aun para recibir la sagrada Comunión. Hasta la ropa que llevaba me molestaba mucho, y mis padecimientos eran de tal condición, que no me es posible explicarlo. Viéndome en tan triste estado, deseaba, pero no me atrevía á pedir al Señor, la salud; no temía los dolores, sino la clase de medicinas que era menester emplear. Por fin, teniendo conocimiento de las gracias obtenidas por la poderosa intercesión del Ilmo. Sr. Claret, me encomendé á este Siervo de Dios, y con la más grande fe que pude me apliqué un pedacito de sotana, y, gracias á Dios, cuando me vió el doctor después de habérmelo aplicado, se sorprendió sobremanera y me dijo á mí y á otra persona que la enfermedad iba desapareciendo. Me vió dos veces más, y la última me aseguró que estaba completamente buena. Efectivamente, desde entonces no he vuelto á sentir absolutamente nada, y me encuentro perfectamente sana de esta espantosa enfermedad. Teniendo conciencia de que es un gran prodigio obrado en mi favor, doy gustosa la presente declaración.„

Curación de D. Godomiro Poblete.—“El que suscribe certifica: que habiendo estado enfermo de pulmonía de sangre, y desahuciado de los médicos, me propuse tener fe en la reliquia del Ilmo. Sr. Claret, y me la apliqué en los pulmones con tanta confianza, que he sanado casi por completo. Cuando el doctor me visitó después de habérmela aplicado, se asombró mucho de verme tan animoso. Es de advertir que yo había arrojado mucha sangre por la boca y me mejoré sin hacer otra cosa que lo dicho.„

Curación de Doña Rosario Sánchez.—Esta señora sufrió un ataque fuerte al corazón, y aplicándose la reliquia del excellentísimo Sr. Claret, se mejoró notablemente en pocos momentos y no le ha repetido el ataque.

Curación de D. Eulogio Villar.—“Yo D. Eulogio Villar, estaba gravemente enfermo del corazón, del hígado y del estómago; los tenía llenos de agua. Me habían hecho operación varias veces para sacarme el agua. Siendo necesario operar por última vez, el médico dijo era muy peligroso por la gravedad en que estaba. El estómago lo tenía sumamente hinchado, no resistía ninguna clase de alimentos, ni aun las medicinas; pues en el acto de tomar algo, lo volvía. El cuerpo estaba en varias partes cubierto de manchas moradas; las piernas y los pies hinchados. La última vez que vino el médico dijo que ya no había qué recetar, y se fué previniendo á la familia que mandara hacer la caja mortuoria, pues sólo me quedaban algunos días de vida.

„Viéndome ya desahuciado de los médicos, llamaron á un Padre Misionero de los Hijos del Corazón de María para que me confesara, el cual me oyó lleno de caridad y con mucha paciencia. Él mismo me aplicó la reliquia del P. Claret; con ésta me pararon los vómitos y pude recibir la sagrada Comunión y la santa Extremaunción. He tenido la reliquia en mi poder algunos días, y, con aplicármela, me bajó por completo el estómago; en la parte en donde sentía algún dolor me la aplicaba, y en el momento me lo quitaba. Por último, no he necesitado de más medicinas, y estoy bueno con el favor de Nuestro Señor, lo que creo ha sido un milagro obrado por la reliquia del P. Claret (1).„

Curación de Sor Magdalena del Monte Tábor.—“Encontrándome por algún tiempo, ó sea por espacio de un año, poco más ó menos, molestada de una enfermedad en el estómago que no me admitía el alimento, no podía tomar el desayuno que se servía á la Comunidad sin que al instante tuviera que arrojarlo. Por esto se tenía que usar conmigo de alguna irregularidad, lo cual me mortificaba mucho. En el año 1883, entre Febrero y Marzo, me dirigí un día al Siervo de Dios, Monseñor Claret, diciéndole que deseaba seguir en todo á la Comunidad, y le supliqué me alcanzara del Señor esta gracia, rezándole por unos días algunos Padrenuestros y Avemarias con la invocación de este venerable nombre. Luego sentí el efecto de mi humilde súplica; se me quitó prodigiosamente la

(1) Sigue la firma del interesado y de los testigos.

dificultad que tenía en tomar el mismo desayuno, y desde entonces hasta esta fecha, 12 de Marzo de 1887, puedo tomarlo, como igualmente toda clase de alimentos, sin la menor molestia y sin arrojar nada, gracia que he obtenido por intercesión de Mons. Claret, á quien dirijo mi humilde reconocimiento (1).„

Curación de Sor María de Santa Aurelia Blázquez. — A fines de Julio de 1882 se sentía tan incomodada de la hinchazón de todo su cuerpo, que se hallaba casi imposibilitada para todo ejercicio. Se le aconsejó rezar durante nueve días algunas oraciones particulares al Sr. Claret, pidiéndole que le alcanzara con su valiosa intercesión el verse libre de esa enfermedad que siempre había tenido. Á este fin se juntaron tres Religiosas para rezar dicha novena. Al cuarto día de ella, de repente, se sintió con agilidad y sin la incomodidad de la hinchazón, pues ya estaba libre del mal que padecía, y se hallaba tan adelgazada que se le caía la ropa, de modo que, para sujetarla, tuvo que coser en ella varios pliegues. Desde entonces hasta hoy, cinco años después de la curación, no ha sentido más el menor síntoma de dicha enfermedad, por lo cual conserva para el Siervo de Dios la más sincera gratitud (2).

Curación de Doña Tomasa Toro. — “Habiendo padecido mi hermana Clara del Rosario Toro hace tres años una terrible fiebre de un carácter verdaderamente maligno, con recios dolores en todo el cuerpo, vómitos y fuertes ataques al corazón que la ponían al último extremo, siguieron repitiéndose de tiempo en tiempo. Á principios de Abril último (1887) le atacó el mal con más fuerza que nunca, é inmediatamente se acudió al médico que en otras ocasiones la había mejorado; mas esta vez fueron impotentes sus esfuerzos para combatir la enfermedad, y los remedios sin ninguna eficacia, pues cada medicina parecía postrarla más. El médico desistió, declarándola incurable.

„En tan tristes circunstancias, y sin esperanza en los medios humanos, acudimos á los sobrenaturales para conseguir lo que tanto deseábamos: la salud de la enferma. Se le impuso la reliquia del venerado P. Claret, principiando también una novena, y al mismo tiempo se le administraron los auxi-

(1) La declaración está firmada por la Superiora y otra Hermana.

(2) La declaración está firmada por la Superiora y otra Hermana.

lios de la Religión, pues se agravó tanto que se temía expirarse de un momento á otro. Para consuelo de la enferma y para más satisfacción de sus deudos se llamó á otro médico, el cual prometía sanarla en pocos días; pero quedó éste desconcertado al notar en la enferma un gran tumor que, naciendo en el estómago, se perdía en la mitad del vientre; así, confuso, siguió como entreteniéndola con la medicina.

„Después de haber puesto en el cuello de la paciente la reliquia de Mons. Claret, sintió quitársele un dolor muy grande que tenía en el brazo izquierdo. Sus terribles sufrimientos no la dejaban conciliar el sueño hacía muchos días, y en seguida durmió un sueño tranquilo en el que creyó transportarse al convento de los Padres Misioneros á pedir remedio para sanar, y que el Padre Superior, á pesar del agrado y bondad con que la acogió, parecía resistirse á acceder á su demanda; pero al fin le dijo que sanaría con un medicamento sencillo... y despertó muy aliviada con gran confianza de obtener la salud. Se aplicó la reliquia del Sr. Claret al tumor que tanto la atormentaba, y éste desapareció insensiblemente y por completo. Desde entonces ha ido mejorando rápidamente, de manera que á fines de la semana pasada ya no sólo se sintió con fuerzas para dejar la cama, sino que dice hallarse mejor restablecida y más aliviada de sus dolencias que nunca lo había estado.

Curación de Doña Pascuala González. — “Tiempo había que venía sufriendo de unos dolores reumáticos en los brazos y piernas, hasta el punto que se me hinchó la mano principal, y por lo mismo quedé imposibilitada de trabajar. En tal estado resolví ir al Hospital, por ciertas circunstancias: mi pena era indecible por dejar á mis hermanitas huérfanas, no pudiendo mirarlas sin partírseme el corazón; sólo por ellas lloraba y suspiraba. Dios me inspiró el acudir á su fiel Siervo el señor Claret; imploré su protección, y en medio de mis súplicas le decía estas palabras: “Compadécete de mí... de una pobre madre adoptiva;„ y ¡oh prodigio!, al amanecer del nuevo día, ¡Dios mío, qué sorpresa!, mi mano enferma estaba completamente sana; me quedé atónita por la curación tan repentina é inesperada...; otras dos ocasiones más he acudido al *santo* y no me ha negado su favor, dejándome maravillada.

Curación de Doña María del Pilar Martínez. — “Á mediados del año 1879 sufría de una terrible erisipela negra que du-

rante cinco años me repitió constantemente. Los remedios de los médicos eran inútiles y ninguno me daba esperanzas de curar. Estando así desahuciada, una de mis hermanas me trajo un pedacito de la sotana del Sr. Claret y su retrato para que me encomendase á él. Tomé la reliquia y el retrato en mis manos y le dije: "Santo glorioso, si es voluntad de Dios, curadme." Desde entonces no me ha vuelto más la erisipela.

Curación de Sor María Teresa, de la T. O. de San Francisco. — "El 5 de Mayo de este año 1888, al acostarme, me sentí acometida de fuertes dolores en la cara y caimiento del brazo izquierdo; al siguiente día continué mal, repitiéndome el dolor; el tercer día se llamó al facultativo, que declaró ser una neuralgia á la cara y una especie de parálisis á dicho brazo. Á poco de haber estado él repitieronse los dolores con gran fuerza, y desde ese momento comenzáronse á aplicar las medicinas. Los dolores sólo se calmaban por intervalos, y en uno de ellos me fué administrado el sacramento de la Penitencia. En tan angustiosa situación continué hasta el día 12, en que mi madre se acordó de pedir la reliquia del Sr. Claret, habiendo ella presenciado una curación maravillosa, efectuada en una persona de cinco años, que padecía agudos padecimientos. Aplicóme la reliquia á las partes doloridas, y en aquel momento me sentí aliviada; y habiéndome incorporado en la cama me la colgó al cuello; supliqué al Sr. Claret me alcanzara la salud si era para gloria de Dios. Á una de las personas que me acompañaban la hice arrodillar y rezar en alta voz el ofrecimiento á la Santísima Virgen hecho por Monseñor; yo lo repetí con la devoción que me era posible. El mal fué retirándose poco á poco y pude dormir algo. Después me visitó el confesor y traté con él de los negocios de mi alma con tranquilidad y sin sentir apenas dolor en las partes antes tan agudamente atacadas. Al anochecer, el mal estaba cortado totalmente... Desde que se aplicó la reliquia, mi señora madre, para mayor evidencia del milagro, suspendió toda medicina, y hasta hoy no he vuelto á tomarla; sólo me restablezco con buenos alimentos."

Aunque ha sido tan favorecida la República chilena por nuestro venerable Fundador, de manera que parece haberla escogido para teatro de sus maravillas, tampoco ha dejado de experimentar la desgraciada España lo mucho que vale delante de Dios el valimiento del P. Claret. He aquí, en prueba de

ello, los principales milagros obrados en ella, de que tenemos noticia.

Curación de Doña Balbina de Coll (Barcelona) (1). — "Parece que en los eternos designios de la divina Providencia ha llegado ya la hora en que nuestro venerable Fundador ha de ser glorificado en este Principado de Cataluña. Han transcurrido ya dieciséis años desde que su alma voló al eterno descanso, y apenas se hace mención de él ni privada ni públicamente, cuando infinitos motivos tenía este país para no olvidarse de tan insigne bienhechor como fué el Excmo. Sr. Claret. Mas no se olvida él de los devotos que imploran su intercesión en sus necesidades.

„En efecto, Doña Balbina, esposa del conocido horticultor D. Pedro Coll, de Barcelona, hacía ya dos años que venía padeciendo agudísimos dolores á causa de una llaga descumunal que tenía en la parte interior del pecho. No podía probar más alimento que leche, y aun ésta se le corrompía convirtiéndose en veneno. Su cuerpo, parte estaba paralizado y parte envenenado; todos cuantos remedios se le aplicaban le eran por completo ineficaces.

„Le visitaron los facultativos Sres. Robert, Rius y Mallol, y unánimemente convinieron en que moriría. El primero, que es de los más afamados de Barcelona, dijo á su esposo: "Nosotros acostumbramos á ser francos y sinceros; la enfermedad de su esposa es incurable." El segundo añadió: "Que se quemén todos los libros de Medicina si esta señora recobra la salud." En idénticos términos se expresó el tercero.

„Viendo, pues, lo apurado del caso, la tristísima posición que aguardaba á aquella casa con 11 hijos de familia, y constándome, por otra parte, que precisamente aquella enferma había prestado servicios inapreciables á varios Padres y Hermanos de nuestra Congregación en los aciagos días de la revolución de Septiembre, ya con alimentos y vestidos, ya también con decente hospedaje en su casa, le hablé en los términos siguientes: "Ya sabe Ud., señora, la desfavorable opinión que han formado sobre Ud. los facultativos; según consentimiento unánime, la dolencia que la aflige acabará con su exis-

(1) Nos escribió esta carta el Rdo. P. Ramón Homs, de nuestra Congregación, en Julio de 1886.

„tencia; Ud. ha recibido ya los santos Sacramentos, está resig-
 „nada á las disposiciones del Altísimo, aguarda con tranquili-
 „dad la muerte; pero ¿cuál será la situación de tantos hijos
 „suyos?... En la tierra no se encuentra remedio... Conviene
 „buscarlo en otra parte... Hemos de dirigir nuestras miradas
 „al cielo, confiando en el poder y bondad del Señor. Aconse-
 „jo á Ud. que se revista de viva fe y grande confianza en la
 „Virgen Santísima, pidiéndole que por los méritos de su pia-
 „dosísimo Siervo el Excmo. Claret le conceda la salud. Hoy
 „mismo comienza Ud. una novena, rezando doce Avemarias;
 „concluida que sea, haga Ud. otra, y después otra, hasta con-
 „seguir lo que intenta; la oración debe ser perseverante para
 „que sea eficaz.„ Dócil á mi insinuación, el día 21 de Mayo co-
 „mienza la primera novena, acompañándola su numerosa fami-
 „lia y todos llenos de lágrimas; se aplicó una reliquia del Siervo
 de Dios, y á su contacto sintió al mismo instante dolores ex-
 traordinarios; creemos que en aquel momento la dolencia
 desapareció radicalmente. Pudo ya comer pedacitos de carne
 y visitar al Señor en el convento de las Religiosas Salesas,
 cuando hacía dos meses que no había salido á la calle.

„En la segunda novena se le aumentó el apetito, y en con-
 secuencia, las fuerzas corporales; pero concluida la tercera
 advirtió un cambio sorprendente en su físico, arrojó por la
 boca una increíble cantidad de materia; de la mitad de su cuer-
 po paralizado le subían como llamaradas de fuego que le de-
 volvían el natural movimiento; en todos los miembros de su
 cuerpo sintió gran actividad y energía, y en las facultades in-
 telectuales despejo tanto cual nunca haya experimentado, por
 manera que la mucha gente que la visitaba, incluso los facul-
 tativos, quedaban agradablemente sorprendidos y le daban
 mil parabienes, mirándola como resucitada. Ella, loca de con-
 tento y santo entusiasmo, les manifiesta la reliquia de nuestro
 venerable Fundador, diciéndoles: “He aquí la causa de mi res-
 „tablecimiento.„ Se le ha despertado apetito para comer toda
 clase de alimentos. Dos circunstancias ocurrieron que prue-
 ban más lo maravilloso de este suceso.

1.º „Que dió veinte reales de limosna á un pobresacerdote
 para celebrar dos Misas á fin de que se le presentara una per-
 sona que le diera un buen consejo para caso tan desesperado; y
 dentro de poco fui á visitarla y le hablé del modo ya insinuado.

2.º „Que en algunos días de la novena no podía pronunciar
 palabra alguna; mas llegada la hora de rezar lo hacía con
 sumo fervor y gran admiración de la familia, quedando des-
 pués completamente sin palabra.

„Esta señora, agradecida á tan singular beneficio del cielo,
 quiere obtener una certificación formal de los señores médi-
 cos que la visitaron, y publicar, para gloria del Siervo de Dios,
 en las Revistas religiosas curación tan portentosa, y además
 dar una cantidad para la beatificación de nuestro venerable
 Fundador.—*Ramón Homs, C. M. F.*„

Curación de Sor Anunciación Fernández (Segovia) (1).

—“Muy apreciable Hermano en Jesús y María: Conforme al
 mandato del Rdo. P. Bastaras, voy á comunicarte un favor que
 tiempo ha recibí de vuestro santo Fundador.†

„En el mes de Enero de 1883 empecé á adolecer de cierto
 mal de garganta que me dió mucho que sufrir. Estuve medi-
 cinándome de cinco á seis meses y perdí las fuerzas hasta el
 punto de no poder hacer cosa de trabajo. Aquel año no hubo
 para mí Cuaresma, pues ni ayuné, ni comí de viernes aun en
 Semana Santa. Tenía prohibido el rezo y hasta el hablar en el
 recreo. Pero ¿qué mejor prohibición que mi física imposibili-
 dad? Apenas rezaba un poco me sentía cansada. Así estuve al-
 gún tiempo, desconfiando casi por completo de mi curación,
 porque tuve dos veces abierta la garganta, y de los tres mé-
 dicos que me visitaron ninguno me dió esperanzas de sanar,
 á lo menos del todo.

„El primero de ellos me dijo que era una resfriación de la
 laringe y que tal vez vendría á parar en mal crónico. El se-
 gundo, siempre que me visitaba decía que estaba muy mal, y
 el tercero dijo que, aunque llegase á curar, no sería radical-
 mente, porque estos males de garganta siempre dejan reli-
 quias, y además yo sentía mucha palpitación y otras afeccio-
 nes extrañas en el corazón. En el mes de Abril del mismo año
 de 1883 pasé unos días muy malos y llamamos á otro médico,
 D. Frutos Lecea. Pero no pudo bajar, aunque ya teníamos li-
 cencia del Prelado para que penetrase en la clausura.

„Sucedió, pues, que comenzamos á leer en el refectorio la

(1) Esta carta va dirigida á su hermano Mariano Fernández, entonces Estu-
 diante y hoy Padre Misionero de nuestra Congregación.